

De mil trescientos veintidos soldados, se salvaron ciento veintiocho!

Percieron cuatrocientas setenta y cinco mujeres de los soldados, treinta y tantas vendimieras que estaban dentro del edificio, el número de los niños no puede saberse con exactitud.

El general Zaragoza recibió el parte, y las manos de ese hombre tan valiente no pudieron sostener aquella carta fatal en que se le anunciaba la muerte de sus soldados mas queridos.

Agitado, lleno de pesadumbre, montó en su caballo y se dirigió á escape seguido de su estado mayor al lugar de la catástrofe, como si sus secretas lágrimas pudieran volverles la existencia á aquellos valientes que lo habian acompañado tantas veces y á quienes habia saludado victoriosos en la arena de los combates!

CAPÍTULO XI.

De como el destino es una especie de serpiente que atrae á los hombres como á un pajarillo.

I.

Doña Blanca de Montemolin continuaba en su ostentacion de lujo y de riqueza bajo el nombre de Amalia Brown, y sus tertulias estaban de moda.

El mundo elegante concurría á los continuos saraos y doña Blanca era la reina por la galantería y la belleza.

Aquella sociedad no adivinaba tras la mirada ardiente de la jóven una existencia amarga y desconsoladora, no veía tras de la sonrisa encantadora de aquella mujer, que su alma se moría de pesares y de tristeza.

Solo el fuego siempre encendido de la ambicion sostenía á ese espíritu, sobre el cual tendia sus alas el genio de las sombras y de la muerte.

Doña Blanca estaba profundamente enamorada de don Fernando y herida por la burla del conde al escaparse de su casa.

La reaccion de aquella terrible cólera era una oleada de passion inmensa.

Perdonaba á su amante el haberla engañado, encontraba en la situacion de quiebra y bancarota, el *por qué* de aquella negra ingratitud, y sin querer soñaba en el iris desvanecido de su esperanza.

Todo lo que rodeaba aquella situacion era tristísimo: ya hemos dicho que ni Cabrera ni don Juan de Borbon consentirian en el enlace de doña Blanca; pero la fatalidad arrastra siempre el corazon hácia el abismo de lo imposible.

La desgraciada jóven presa de las contrariedades y dotada de una alma indomable sufría un tormento terrible.

Habia acabado por entregarse en brazos de su destino sin procurar defenderse; pero con el ánimo de hacerse terrible en un momento de desesperacion y orgullo.

Solo un lado vulnerable quedaba en aquel corazon tan combatido, y era el de la ambicion, foco de sus aspiraciones y punto objetivo para la realizacion de todos sus sueños.

Envuelta en el atavío de la corriente humana, no percibía cuán quiméricas eran sus esperanzas, toda vez que se fijasen en la balanza siempre oscilante de la política.

La candidatura de don Juan habia caido en desuso; pero la jóven no lo comprendía, porque los partidarios de Borbon soñaban á la par que la condesa de Montemolin.

Suponer que la Europa se armaba en filibusterismo para traerle al trono de México y ofrecer un imperio en son de homenaje á su nombre y á su casa, era el delirio mas completo.

Los acontecimientos se sucedian y bien pronto el sol resplandeciente de la verdad lanzaría llamas sobre los edificios levantados á la quimera y á la locura.

II.

La noche del veintiuno de Marzo de 862, ese año que vamos corriendo lleno de vicisitudes y del cual se ha apoderado la his-

toria día por día, la noble hija de Montemolin estaba en su aposento leyendo una correspondencia interesante del extranjero.

A cada momento volvía con inquietud la vista hácia la puerta de entrada, y á cada eco y cada movimiento prestaba la mayor atencion.

La puerta se abrió, y un caballero cubierto aún con el polvo del camino entró en la estancia.

—Manzanedo, dijo la condesa, aparentando la mas perfecta tranquilidad: leía en este instante el parte telegráfico en que me anunciabas tu regreso á la capital.

—La señora condesa me tiene á sus órdenes.

—Deseo vivamente que me des noticias del campo; corren tantas versiones que verdaderamente estoy inquieta.

—La convencion de Lóndres está al romperse, todo augura una próxima quiebra entre las naciones aliadas.

—¿Y qué la motiva?

—Mil incidentes, entre ellos la llegada de Miramon y de Almonte.

—Cuenta, cuenta, Manzanedo, tú has sido testigo presencial y podrás decirme la verdad de lo que ha ocurrido.

—El 27 del pasado llegó el general Miramon en el vapor inglés y el almirante trató de cobrarle el saqueo de los fondos de la convencion en los últimos días de su gobierno; quería enviarlo á Inglaterra para que fuese juzgado.

—Los ingleses son implacables.

—Los plenipotenciarios manifestaron que estando bajo el pabellon británico, se limitaban á recomendarle para que se le dejase en libertad bajo la condicion de reembarcarse en el acto. Dunlop notificó al general Miramon que tornase en el mismo buque á la Habana.

—Enemigo ménos, Manzanedo.

—Sí, el general es atrevido, y vendría en pos de la presidencia.

—No hubiera sido difícil que lo eligieran como el campeón

de una revuelta para dar alguna legitimidad al nuevo gobierno que se instalase, toda vez que se viene proclamando algo mexicano.

—Ya le tenemos fuera del círculo.

—Mas terrible es ese general Robles Pezuela á quien esperan con ansia en el campo intervencionista; parece hombre de un gran prestigio tanto en América como en Europa.

—Sí, dijo la condesa, de toda esa pléyade que se ha adherido á la intervencion, solo el general Robles vale la pena, los demas no me causan inquietud alguna.

—Almonte á pesar de fingirse proscrito que torna á la sombra de la bandera francesa, parece que se halla en inteligencias con el gobierno de las Tullerías.

—Lo sé perfectamenté.

—Ha estado en Viena y es partidario del archiduque Maximiliano.

—El archiduque ha contestado de una manera particular.

—No conozco ese documento.

—Pretende el hermano de José II conservar sus derechos de agnacion al trono de Austria, alega que los hijos del emperador son unos niños raquíticos y llevan el gérmen de la *tísis*, enfermedad de que adolece la emperatriz de Austria.

—Ese fallo no ha debido ser del agrado de SS. MM.

—Ya lo creo, no pasa de una apreciacion sin sentido, yo creo que José II consentirá en todo por alejar á Maximiliano, que cuenta con alguna popularidad entre los austriacos; pero eso sería falsear el plan de Iguala que expresamente llama á un Borbon al trono de México.

—Nuestro derecho es indisputable.

—Almonte nada podrá si la España no ceja en su candidatura.

—Señora, yo estoy fuera de mí al ver la conducta de los aliados, todas sus palabras contradicen el pensamiento de la convencion de Lóndres.

—Como los hechos no la desmientan.

—Los bonos de Jecker son la piedra de toque, y la llegada de Almonte ha puesto de peor condicion el estado de las negociaciones.

—Pero tú, tan ducho en cuestiones políticas, nada adivinas, nada percibes?

—Es tan manifiesto el desacuerdo de los plenipotenciarios, que tras ese disgusto no percibo sino un rompimiento, un escándalo, un espectáculo grotesco ante el mundo entero.

—Nuestros agentes se mueven en esta lucha?

—No habéis nada, condesa, estoy aterrorizado, las pesadillas me siguen aun despierto.

—Jamás te he visto tan alarmado.

—Oídme, doña Blanca: entre los agentes mas terribles de este negocio y con quien nos hemos puesto en contacto hasta la última hora, se encuentra un hombre terrible, capaz de todos los crímenes y de todos los hechos heroicos.

—Quién es ese hombre, Manzanedo?

—El conde del Jaral.

Estremeciése la jóven, y el antiguo secretario del conde de Morella al aperebirse de su alteracion, la dijo sombríamente:

—Teneis razon, doña Blanca, de aterrorizaros; si os hubierais acercado una vez á ese hombre estaríais bajo su influencia magnética.

—Le conoces?

—Voy á revelaros un secreto horroroso, un secreto terrible.

—Habla, habla por compasion!

—Pues bien, ¿estais segura de que estamos solos?

—Enteramente.

Manzanedo despues de registrar el aposento con una mirada indagadora, se acercó á la jóven y con voz ronca y concentrada la dijo:

—¿Habeis oido contar los horrores del incendio de San Andrés Chalchicomula?

—Sí.

—Pues todo lo dicho es un cuadro descolorido ante la realidad, un cuadro con tintes pálidos.

—Y bien?

—Pues aquella catástrofe no es un aborto de la casualidad.

—Continúa, dijo con ansiedad la condesa.

—Oídmeme y olvidad mis palabras: don Fernando fué el que puso fuego con su mano atrevida en la pólvora de la *Colecturía*.

—¡Jesucristo! exclamó la condesa, y se cubrió el rostro con las manos.

—Yo he recorrido, continuó Manzanedo, aquel campo de muerte; los troncos mutilados sin forma humana, estaban esparcidos por las calles, y las cabezas con los rostros ennegrecidos por el fuego con un jesto imponente de desesperación; me parecía que de sus labios se desprendía una maldición espantosa!

—Calla! calla! murmuraba doña Blanca.

—La senda que atravesamos está llena de sangre y de cadáveres.

—Esto es espantoso!

—Señora, yo os confieso que desde entonces mi existencia está poblada de sombras, que mis vigiliass están llenas de fantasmas y . . . que tengo remordimientos . . . remordimientos espantosos!

En aquellos momentos anunció el telégrafo de la estancia que alguien estaba en la antesala.

Levantóse doña Blanca y abrió la puerta con recato.

Un criado le presentó un parte telegráfico.

La jóven rompió el sobre y leyó aquellos renglones que debían encerrar algo terrible, porque doña Blanca se desplomó en el sillón dando un agudo grito.

III.

El general Robles Pezuela, confinado por el gobierno mexicano al extranjero, se dirigia en mal hora rumbo á Orizava para presentarse como representante de la reaccion en el campo de los aliados.

Ya hemos expuesto las ideas de Robles al aceptar el pensamiento de la intervencion.

Hay un velo delante del porvenir, que al correrse por la mano del destino puede desarrollar ante nuestra vista un paraíso ó toda la deformidad de un abismo.

El 22 de Marzo, despues del incendio de San Andres Chalchicomula, y al amanecer de ese dia aciago, llegaba el general Robles Pezuela al pueblo de Toxtepec en compañía de algunos jefes amigos suyos que lo acompañaban al campo de los extranjeros.

—Si caminamos algo de prisa, decia uno de los gefes, llegaremos mañana á Orizava.

—Estoy profundamente inquieto, temo que alguna guerrilla pueda aprehendernos.

—Están demasiado desmoralizados para pensar en semejantes cosas; además que la persona de usted es muy respetable para que se pretenda un acto de barbárie.

—Eso no me tranquiliza, porque en las fiebres revolucionarias no se conocen los diques ni se respeta nada.

—En ese caso moriremos con usted, mi general.

Robles no contestó, porque sabia como hombre de mundo que las ofertas se olvidan á la hora del peligro.

—Soy de parecer que ustedes no entren al pueblo, porque nos haremos sospechosos.

—Mi general, yo conozco á todas las personas de Toxtepec y nada tenemos que temer.

- Amigos, la prudencia nunca está de mas.
 —Partirémos la misma suerte.
 —Sea, pues ustedes lo quieren, dijo Robles, y se entró en el pueblo seguido de sus compañeros.

IV.

En las pequeñas poblaciones nada pasa desapercibido, parece que todos los habitantes están en continua vigilia, al menor ruido asoman las narices por un postigo ó se adelantan á una boca-calle, ó se escurren por una acera.

Los pueblos parecen abandonados ya á las oraciones de la noche, pues hasta las luces desaparecen; pero al día siguiente hay una crónica verdaderamente divertida. Se sabe que el boticario al saltar la tapia de una viuda se rompió las narices? los vecinos ocurren á practicar *vista de ojos* en el cercado.

Se murmura muy por lo bajo que el señor cura tuvo reyerta con la señora que lo atiende en la casa cural? los vecinos van á misa con el objeto de ver si el párroco oficia de mal humor ó tiene algun moreton en el carrillo.

Se habla de que la autoridad tuvo denuncia del robo de una muchacha? los vecinos visitan al regidor que tiene la hija mas bonita para indagar si fué la robada, y así sucesivamente.

En las poblaciones pequeñas no hay nada oculto; las familias por lo regular, aunque se hallan entroncadas, se dividen en dos bandos, donde predomina el espíritu de odio personal que á la funesta sombra del de partido produce choques terribles, y en tiempos de calma chismes y cuentos divertidísimos.

Esto pasa tambien en las ciudades, no solo de México sino del mundo entero, segun el temperamento y costumbres de los habitantes.

Volvamos á Toxtepec, donde entra la caravana de Robles á tomar descanso para continuar su peregrinacion á Orizava.

Antes de amanecer ya los vecinos han comenzado á aparecer como sombras á las puertas de sus casas, y los mas curiosos notan que hay gente de tránsito en el pueblo.

—Amigo don Timoteo, me parece que tenemos gente de fuera, decia un parroquiano al dueño de la tienda *mestiza*.

—Sí, yo he visto atravesar á unos señores con dos criados.

—Me parecen señores particulares.

—No es extraño, el general Arteaga se encuentra de paso y vendrán á pedirle escolta.

—Puede ser, pero entran muy recatados.

—Así me ha parecido.

—Ya veremos mas tarde.

—¿Y qué se dice de abajo? (abajo es todo el rumbo de Veracruz descendiendo la mesa central.)

—Los extranjeros han entrado en pleito y esto nos conviene.

—Hace algunos dias bajé á Orizava no mas por conocer al ejército; un español llamado Pascasio Mojarra me habló de desertarse y lo espero de un momento á otro.

—¿Pues que, esos soldados se desertan?

—Amigo, lo mismo que en todas partes; si por allá no lo hacen con tanta frecuencia, es porque con el telégrafo y los ferrocarriles los atrapan luego, luego.

Acercóse otro de los vecinos á la reunion.

—Qué hay de nuevo, señor Perez?

—Nada, ya saben que yo nunca me meto en camisa de once varas; pero se dice en la poblacion que ha llegado el general Robles Pezuela.

—Lo dicho, amigo mio.

—Ya lo sabiamos nosotros.

—¿Y cómo se atreverá á presentarse por estos pueblos despues de....

—Yo digo lo que me cuentan, me lavo las manos.

La noticia cundió instantáneamente y la autoridad se presentó en la casa de Robles y le intimó prision.

Los dos personajes que lo acompañaban, oyeron la voz del alcalde y saltando las tapias huyeron, no obstante aquello de *morirémos juntos*.

El general Robles fué presentado al general Arteaga, que avisó por extraordinario violento al general Zaragoza, mientras conducía personalmente al prisionero á la ciudad de San Andres Chalchicomula.

V.

En una casa que dista cuadra y media de la iglesia de esa ciudad de San Andres, donde el lector acaba de presenciar la catástrofe del incendio, fué puesto en guarda Robles Pezuela.

El general Arteaga recibió un parte en que se le ordenaba que identificada que fuese la persona del general Robles lo pasase por las armas.

Procedióse á una sustanciacion violenta, y la sentencia de muerte fué comunicada al reo la tarde del 22 de Marzo.

Robles no creyó en su muerte, le parecia una quimera la realizacion de esa sentencia.

El peor lugar para la aprehension de Robles era el distrito en que se encontraba.

Aquellos pueblos conservaban fresca la memoria del incendio de Tlacolulan ordenado por Robles, y el saqueo y los asesinatos consumados por su division.

El general habia satisfecho sus rencores políticos en aquella poblacion, donde los progresistas hallaban siempre refugio.

Tlacolulan fué entregado á las llamas, y las víctimas lloraban aún sus deudos delante de las ruinas calcinadas de sus hogares.

El bombardeo de Veracruz, ese atentado de barbárie, fué consumado por Robles que acompañaba á Miramon en el último sitio.

Robles tenia un anatema que le alcanzaba en aquellos momentos.

Hemos dicho que la última notificacion la habia recibido con perfecta tranquilidad.

El confesor entró en la capilla.

—Señor general, dijo el sacerdote, nuestra mision por penosa que sea tenemos que aceptarla, y yo vengo á exhortar al hombre de sentimientos cristianos á que se disponga á ese trance al que tenemos todos de llegar.

—Padre, contestó Robles, se trata de intimidarme y nada mas, con un aparato.

—Es que todo está dispuesto para la ejecucion.

—A un hombre que ha llegado á mi altura no se le mata de una manera tan violenta.

—Señor general, se está usted haciendo la última ilusion.

—La sociedad de México se conmoveria con mi muerte; y al gobierno no le conviene una ostentacion de sangre delante de los aliados.

—Señor, yo insisto en decir á usted que es un negocio resuelto.

—No lo puedo creer; no obstante, he pedido una entrevista al general Arteaga.

El sacerdote no quiso insistir.

El dia avanzaba violentamente y la noche entraba sin inquietar á Robles, que no creía en la terrible certeza de su muerte.

A las tres de la mañana tornó á aparecer el sacerdote en la capilla.

—Señor general, dijo conmovido, la tropa está designada y faltan muy pocas horas para la ejecucion.

—Insisto en mi primera idea.

—Pues bien, señor, el general Arteaga me ha dicho que os convenza de que la sentencia será ejecutada.

—El general Arteaga, creedlo, no atentará jamás contra mi existencia.

—Es que Arteaga no es el que ordena, sino el que ejecuta el mandato del general Zaragoza.

Robles Pezuela se estremeció.

Aquel corazón había perdido su última esperanza.

—Zaragoza! murmuró Robles, y después recobrando ese valor y serenidad que lo acompañó hasta sus últimos momentos, pidió papel y pluma y escribió la siguiente carta, que nosotros no queremos dispensarnos de transcribir á la letra, porque ella es la declaración de un hombre ante el tribunal de la historia.

“En los momentos en que voy á morir, por una disposición del señor general Zaragoza, fundada en que tiene indicios de que soy traidor á la patria, creo que cumplo con un deber manifestándoo en pocas palabras mis sentimientos y mis convicciones. Espero que será creído un hombre que habla al borde del sepulcro; que durante su vida dió algunas pruebas de sincero patriotismo; que atravesó nuestras borrascas revolucionarias sin enriquecerse ni mandar derramar sangre por causas políticas; que buscó siempre la paz y la conciliación entre los mexicanos, y que ha hecho y hacia en estos momentos, cuantos esfuerzos han estado á su alcance para contener los horrores que está sufriendo el país. Yo no soy traidor ni cedo á nadie en patriotismo ni en el deseo de bienestar del pueblo á que pertenezco. La experiencia y la reflexión me han convencido, sí, de que en nuestro estado de desmoralización y desorden, ya no podemos atajar el mal por nuestros propios esfuerzos. Creo que nuestro único remedio consiste en aprovechar los ofrecimientos que hoy nos hacen las naciones europeas, y constituir un gobierno de moralidad y orden, un gobierno nacional y justo al derredor del cual puedan agruparse todos los buenos ciudadanos, olvidando sus rencores y pasiones. Si esos ofrecimientos no se aprovechan, ó desgraciadamente no fuesen sinceros ó

eficaces, ya no hay salvación posible para nuestra infortunada patria: volverá á la barbarie, y su territorio será ocupado por el pueblo que lo codicia, sin simpatía alguna por las razas que lo pueblan. Yo iba á procurar cerciorarme de cuáles son las verdaderas disposiciones de los gobiernos europeos, antes de tomar parte activa en los negocios. Este es mi delito: si por él merezco la muerte, justa es la disposición del señor Zaragoza que va á privarme de la existencia.— Mexicanos: oidme. No son los desórdenes, el pillaje, los ataques á la religión del país, y las sangrientas ejecuciones, los medios que han de salvar á la patria. Yo he visto pueblos muy distintos vivir felices bajo forma de gobierno muy diferente; pero ninguno puede serlo sin orden, sin verdadera libertad y sin que los habitantes disfruten en sus personas y propiedades las garantías que forman la esencia y el objeto de las sociedades. No dirijo reproches á ninguno de los partidos: hablo con sinceridad á todos los mexicanos. Olvidad todo sentimiento de odio y de venganza: perdonaos unos á otros como yo perdono á los que van á derramar mi sangre; y quiera el Todopoderoso, ante quien voy á comparecer, que sea yo la última víctima de nuestras discordias.

“San Andres Chalchicomula, Marzo 22 de 1862.—*Manuel Robles Pezuela.*”

Luego que acabó de escribir se arrodilló á los piés del sacerdote y cerró sus cuentas con la tierra para tocar las puertas de la eternidad.

VI.

A las seis de la mañana el gefe de la escolta le previno que lo siguiera porque la hora había sonado.

Robles estaba perfectamente tranquilo, sacó su reloj y le dijo al oficial:

—Conserve usted ese recuerdo.

El lugar del suplicio era el costado de la iglesia.

Robles llegó con paso firme, rehusó hincarse y vendar sus ojos; queria ver la luz hasta el último instante.

Aquel hombre que habia desafiado á la muerte tantas ocasiones, se mostraba al frente de ella en una ostentacion heroica de valor reconocido.

Adelantó un paso hácia la línea luego que las armas se tendieron sobre él, se avanzó á la tumba con serenidad, y cayó atravesado por las balas, revolcándose en su sangre que brotaba en torrentes de su pecho.

Las campanas de la iglesia de Chalchicomula anunciaron á la ciudad con su tañir lúgubre, que el general Robles habia dejado la vida mortal y atravesaba, impulsado por los hombres, los dinteles de la eternidad.

Aquellos restos mutilados descansan en un rincon del cementerio de San Andres, y el nombre de don Manuel Robles Pezuela queda sobre el cadalso aguardando el inexorable fallo del porvenir.

CAPÍTULO XII.

Donde se trata de los percances que sufre el primer introductor de una moda.

I.

Dirémos algunas palabras sobre dos de los personajes de nuestra novela.

Desde la fuga de Isabel Torre-Mellada, la amistad añeja de Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez, rota momentáneamente por aquel antagonismo amoroso, tornó á reanudarse con mas fuerza.

Aquellos dos estudiantes dividian el pan de la desgracia con una abnegacion sin límites.

Felipe Cuevas, fiel á sus tradiciones de Nueva-York, recordaba que cinco meses habia tenido que hacerle el amor á una vieja para que le suministrase algunas papas y lonjas de jamon, del que le sobraba en su Boarding House.

Santiago no era tan afortunado, siempre habia comido con el sudor de la frente como reza la maldicion que cae á plomo sobre los hombres; con la diferencia, como decia el estudiante, de que otros habian sudado para que él comiese. Eso no importaba,

la humanidad es toda una, y dá lo mismo que sea Juan ó Pedro el que sude.

Agobiados los dos compañeros por la pobreza, les vino de *perilla* la guerra extranjera, que al fin no hay mal que por bien no venga, como dicen las viejas, apóstoles de la experiencia.

Los estudiantes se presentaron en la oficina del cuerpo médico al señor Navarro.

Este doctor es un hombre de grandes conocimientos y de una inteligencia clarísima, ha figurado tanto en el mundo médico como en el político, aunque con alguna desgracia en el segundo.

Luego que el doctor vió á los desarrapados estudiantes, tuvo por ellos un rasgo de simpatía.

Acercóse el ceremonioso Felipe Cuevas y dijo en tono de proclama:

—Señor director! las circunstancias crítico-políticas por que atraviesa el mundo de Colón, hacen patente y manifiesta la necesidad quirúrgica de los hijos de Hipócrates y Galeno.

El doctor comenzó á sonreirse.

Felipe no se intimidó por aquel síntoma de burla, que tomó por signo de aprobación.

—Decia, continuó con énfasis, que este sugeto que me acompaña, que no es otro que el conocido Santiago Gonzalez, y yo, deseamos ser colocados en esa avalancha patriótica que con bisturí en mano, va á ejercer el sacerdocio de la medicina á los campos ensangrentados de la lucha internacional!

El doctor no pudo contener la risa y dijo al estudiante:

—Si amputan ustedes con la facilidad con que discurren, decididamente son unas notabilidades.

—Poco mas ó ménos, respondió socarronamente Santiago Gonzalez.

Los estudiantes fueron inscritos en el cuerpo médico, en calidad de ayudantes, lo que en términos de *albañil* equivale á *medias cucharas*.

Apoyados en el *presupuesto*, se dirigieron á una sastrería á que les hiciesen un uniforme.

El sastre era en su especie otro media cuchara y cortó unas levitas admirables.

Los compañeros esperaron con ansia la llegada de sus trajes.

Pasaron quince dias mortales, en que recibió el sastre cinco recados por dia, en que le ponderaban la urgencia y sobre todo la necesidad de partir al ejército de Oriente en gran *tenu*, como diria un dandy.

Asomó la aurora de un domingo y el barrilete se presentó en el chiribitil de los estudiantes.

Trabajo le costó á la parte científica del establecimiento creer que los estudiantes eran los dueños de los trajes; estuvo á punto de pedirles la fé de bautismo.

Después de una averiguacion concienzuda y previo papel de conocimiento del casero, entregó no sin recelo las piezas de ropa.

Los estudiantes se acicalaron.

Felipe fué el primero en rasurarse, mientras Santiago esperaba lleno de impaciencia que su compañero soltase la única navaja.

Cuando ya Gonzalez creia que su amigo habia terminado, observó que se cortaba los callos.

—Bárbaro! exclamó, vas á matar el filo y no podré rasurarme.

—Tienes razon, lo que siento es que ya van tres que me corto.

—Eso es estúpido!

Tomó en seguida la navaja y conoció prácticamente que no estaba útil para el objeto.

Dióse cuatro cortadas y diez raspones, acompañados de palabras fuertes.

—Pongámonos la ropa, dijo al fin arrojando la navaja. Felipe Cuevas se caló los pantalones y quedó tan perfecta-

mente envainado como una culebra, sin poder hacer movimiento alguno.

Santiago se puso la levita, que adolecía del extremo opuesto. En aquel uniforme cabía todo el colegio de medicina.

—Estoy divertido!

—Estoy apesado, respondió Cuevas, han equivocado las medidas, esta levita es para el doctor Guapillo.

—Y estos pantalones para Hidalgo Carpio.

—Salgamos de esta prensa, dijo Felipe, y á fuerza de tirar logró salir sano y salvo de sus pantalones.

Santiago se deslizó de la levita y los pobres estudiantes se cruzaron de brazos y se vieron de hito en hito.

El sastre agregó de latitud á los pantalones lo que sobraba en longitud á la levita, y todo quedó á pedir de boca.

A los pocos días los estudiantes marcharon á incorporarse al ejército de Oriente en espera de miembros que amputar.

Los estudiantes se habían portado como unos héroes la noche del incendio en Chalchicomula: arrojados, valientes, entusiastas, habían atravesado entre los encendidos maderos y los escombros candentes para salvar á las víctimas.

El general estaba satisfecho del cuerpo médico del ejército.

II.

Cuevas y Gonzalez sentaron sus reales en San Andres, y como gente de pró, buscaron desde luego un alojamiento digno de su representacion en el ejército, tomaron el mejor cuarto del hospital y se abonaron en una fonda que existe aún en uno de los suburbios de la ciudad.

La patrona era mujer obesa, mal encarada, bien vestida, buena servidora y excelente cobradora.

Esta última parte no era muy del agrado de los estudiantes.

Los amigos tomaron la fonda por asalto y abrieron cuenta

con doña Bárbara, que así se llamaba la respetable dueña del establecimiento.

Felipe Cuevas, que se jactaba de galanteador, comenzaba de una manera tímida á hacerle el amor.

Doña Bárbara se dejaba galantear del estudiante, pero guardándole una fe ciega á su esposo, un tal don Córpus, veracruzano y contrabandista de cuenta.

—Señora, dijo Felipe Cuevas, usted como partidaria de la República y elemento de alimentacion del ejército de Oriente, debía usar un traje adecuado.

—Creo que no estoy mal con el que llevo.

—Seguramente que no, pero aunque somos enemigos de los franceses, no sería malo aceptar sus trajes, usos y costumbres en el ejército.

—A qué se refiere usted, hombre de Dios?

—Ademas, continuó el imperturbable Felipe Cuevas, que vá usted á hacer un negocio loco, lo ménos cien pesos diarios de ganancia como se sirva bien á la tropa.

—¿De qué servicio habla usted?

—Del ya referido de alimentacion.

—Para eso tengo esta fonda.

—Para que me comprenda usted con claridad, le diré á usted en dos palabras, que si usted se hiciera la sola y única cantinera, á los pocos meses se hacia usted poderosa.

Púsose á reflexionar la obesa fondista y el cebo de la ganancia absorbió su sentimiento rentístico.

—¿Y qué hay que hacer para ello? preguntó con avidez.

—Es muy sencillo, respondió Gonzalez, que comprendió el pensamiento de su amigo: se viste usted con la casaquita de la cantinera, su gorrita de cuartel, la caramañola y el pantalon colorado, y héte aquí una guapa moza que vende todos sus efectos y es el ídolo del ejército.

—¿Y ese traje cuesta mucho dinero?

—No, yo me encargo de la habilitacion por cuenta del abono, dijo Gonzalez.

—Y yo de cortar el traje, tengo en ello mucha experiencia, añadió Felipe.

Fascinose doña Bárbara con la perspectiva del dinero y acaso de las aventuras, y se decidió á ser la *cantiniere* del ejército de Oriente.

Los estudiantes compraron tela encarnada y azul, botones dorados, cordones y otros útiles para el traje de doña Bárbara.

—Señora, decia Felipe, préstenos usted papel para sacar los moldes.

La fondera tenia en pliegos cuádruples la constitucion de 57, pero tenia escrúpulo en darlos para semejante abuso.

—Nada importa, decia Santiago Gonzalez, esto no es una profanacion, yo he visto rotas otras piezas mas delicadas y nadie ha reparado.

Procedióse á sacar los moldes.

—En la espalda ha quedado la ley de *amparo*, exclamó Felipe.

—Y en la parte delantera las *garantías del hombre*.

—Y en el estómago la *tolerancia de cultos!*

El sagrado código reproducido en catorce ejemplares formó el *modelo* para el traje de la cantinera.

Despues de medir las distancias de la señora y las partes entrantes y salientes de aquella esfera humana, el traje se concluyó y los estudiantes llevaron á la fonda el uniforme.

La infeliz señora se resistia algo, pero los pinches de la cocina y los marchantes que pedian fiado, aseguraron que aquel traje le sentaba á las mil maravillas.

Las carnes de doña Bárbara se ajustaron á la piqueta, y su fisonomía tomó el aspecto de un tambor mayor.

Descubrióse que el perímetro de la fondera tenia dos varas corridas.

Púsose los calzones colorados y dejó ver dos piés deformes como conchas de galápagos, revestidos de *babuchas*.

Calóse la gorrita, ajustóse la caramañola y... ya la podian quemar el *sábado de gloria*, porque estaba infernal la detestable vieja.

La gente del barrio acudió á la puerta de la fonda, y el que ménos decia preguntaba con admiracion ¿cómo se llamaría ese animal?

—Ya los hipopótamos se hacen soldados! añadía otro.

—Que, ese fenómeno es la intervencion? agregaba un tercero.

—Traería en el vientre las escuadras?

Y otras bromas por este estilo.

Los estudiantes contenian la risa hasta reventar, sin atreverse á levantar la vista y dar al traste con su obra.

III.

Doña Bárbara comenzaba á creer que estaba encantadora, cuando don Córpus el contrabandista se descolgó como llovido del cielo, y se presentó en escena cuando ménos se le esperaba.

Los estudiantes, por un movimiento instintivo, se metieron debajo de la mesa, los marchantes se replegaron, los cocineros se deslizaron, y el público se quedó en espera de lo que iba á acontecer.

La fondera no atinó ni á quitarse la gorra.

El contrabandista se echó el sombrero á la oreja, apretó el *veguero* con los dientes, púsose una mano en la cintura y otra en la empuñadura del machete, y viendo al soslayo á su esposa la dijo:

—¿Quién *tea vestio* de figuron?

Doña Bárbara buscó á los estudiantes, estos como por un camino subterráneo se habian escapado lanzando unas carcajadas homéricas.